

odioso tendría otro lenguaje? Preguntese á cualquiera que tenga justicia."

„¡O filósofos! ¡los pedantes del siglo XVI valieron mas que vosotros, y han caído! Para adquirir como ellos conocimientos útiles, costaría cuidados, trabajos, largas vigili- as; en vez de que vuestro oficio se ha hecho mas fácil, y que hasta los niños saben hoy vuestro secreto. Pronunciar la palabra *preocupacion* con una irónica sonrisa, siempre que se trata de aquellas antiguas máximas de honor y de moral, que nuestros buenos abuelos tenían la sencillez de res- petar; tomar un tono enfático y solemne para hablar de la virtud, pero poniéndola en vuestros discursos y jamas en vuestras acciones; hacer que incesantemente oigamos la pa- labra *preocupacion* á la vez que á nadie se persigue; opo- ner á esta palabra, que infunde alarma en los espíritus flae- eos, estotras, *humanidad, tolerancia, libertad de pensar*: ved aquí los grandes misterios de vuestra filosofía: es menester confesar, que si en el sistema de la religion que no com- prendéis, hay muchos llamados y pocos escogidos, vuestra secta mas indulgente admite tantos escogidos, como llama- dos. Efectivamente, el estudiante mas aturdido, el petime- tre mas ignorante, aun las mismas mugeres frívolas que os protegen, han aprendido pronto los elementos de vuestra doctrina, y se hacen filósofos como los otros á poca costa."

„Mas no advertís que nada envilece un título mas que ha- cerlo mui comun? ¡No atendeis que habeis hecho muchos prosélitos para engañaros todavia mucho tiempo, y que el mismo capricho de moda que os favoreció por algunos mo- mentos, os undirá mui pronto en la nada? Desconfiad de la inconstancia francesa. Muchos hombres honrados, cansados de oír los mismos sarcasmos repetidos por instantes contra el Evangelio y sus ministros, contristados por ese tono de- senuelto, desicivo, cortante, con que tratais objetos tan graves y dignos al ménos de las discusiones mas serias; in- dignados de vuestros favores contra todos los que no piensan como vosotros, empiesan á perder aquella ilusion que os habia sido ventajosa. Se admira todavia ciertamente, co- mo aquellos de vosotros cuyos talentos superiores los han he- cho tan justamenie célebres; han debilitado la admiracion que se grangearon por el abuso que hicieron de aquellos en materias que no son de su competencia. Ya no se os aprende con gana la infinidad de aquellas cosas que habeis dicho, desde Bayle, eu favor de la tolerancia, porque vo- sotros mismos habeis probado que sois mui intolerantes. ¿Lo creereis? Vosotros formais cristianos. Se conjetura y con razon que vuestros pequeños folletos satíricos y burlescos, vuestras bufonadas, vuestras chocarrerias, se convierten en la tumba de vuestra secta, así como las convulsiones fueron la tumba de un partido que contaba mas grandes hombres que el vuestro. Ya solo se mira en vosotros, el genio del insul-

to y del orgullo; y este génio ciertamente es mui fácil y accesible á muchos." (*Memorias de Palissot sobre su vida, al fin del hombre peligroso*).

CARTA QUINTUAGESIMA PRIME- RA.

EL CONDE DE VALMONT AL MARQUEZ.

Padre mio, mi tierno y respetable padre, gozaos en vuestro triunfo y en la conversion de vuestro hijo. El velo se ha rasgado, y la verdad luce á mis ojos en todo su esplendor: soy cristiano; y despues de Dios, lo soy por vuestras luces, por vues- tros cuidados, por vuestras tiernas solicitudes. Soy cristiano, y me glorío de serlo; solo me avergüen- zo de no haberlo sido siempre. ¡Qué cuadro el de la religion cristiana! ¡Qué socorros ofrece á la virtud! Ahora, mui convencido de mis neces- dades y de mi flaqueza, si mi fé pudiera vasilar todavia, este solo pensamiento me sostuviera, me fijara para siempre: ¿qué he sido yo sin la reli- gion? ¿que seria de mí si hubiera seguido vivien- do sin ella! Mas por el contrario, ¡qué socorros y que motivos en ella se me ofrecen para ser vir- tuosos! ¡Dios de las virtudes! ¡Cómo conozco aho- ra y cómo venero por la primera vez de todo co- razon, que el cristianismo es obra vuestra! Solo el nos enseña á amaros, á adoraros, á servirlos, como merecis que os sirvan, que os adoren y que os amen; y solo él nos ayuda para hacerlo. Vergonzosos extravios de mi razon, ¡á dõnde me conduciais! Pasiones ciegas, triste delirio de una juventud ardiente, ¡qué abismo abriais á mis pies! Vuestra mano sabia y bienhechora los cierra para siempre: ¡padre mio! ¿qué expresiones podrian bas- tar á mi reconocimiento? Mo callo porque tengo mucho que decir, y toda la fuerza del humano len- guaje me parece impotente para expresar todo lo que siento. ¡Ah! ¿Qué quereis al ménos que yo

haga? Mandad, nada me parecerá muy penoso para expiar mis faltas. ¿Será menester que sin queja ni murmuración me vea quitar mis dignidades y mis bienes, y lejos de mi rey y de mi patria vaya á pasar una vida sin gloria y sin honor en desconocidas regiones? Pues tal es todo lo que me amenaza: obedeceré á la voluntad del cielo. . . . Obedeceré. . . . porque al fin, ¿qué no he merecido! Pero mi querida Emilia. . . . ¡Ah! ¿Me quedará en mi desgracia? ¡Gran Dios! Al ménos en este punto contemporizad con mi flaqueza.

Emilia está todavía en peligro: su estado nos deja siempre vacilantes entre el temor y la esperanza. Unas veces, me dice Mr. de Veymur, recobra fuerzas y parece que vuelve á la vida, otras, en momentos de languidez y debilidad, parece que toca de nuevo los bordes de la tumba. Yo no puedo arresgarme á verla, tan inminente es el peligro en que me hallo por las pesquisas continuas que hacen de mí. Ella se aflige por esto sin dejarse abatir, y se reputa muy feliz, dice, conque yo abjure mis errores. ¡Ah! si ella vive, si el cielo me la deja, con ella, con vos, con mi hijo, no será digno de lástima. . . . Mas ¿qué digo? siempre me será muy triste y muy doloroso hacer que Emilia participe de mi situación. ¿De qué rango la habré precipitado! ¿A qué estado de infortunio y de oprobio la habrán conducido mis faltas! ¿qué porvenir tendrán ella y mis hijos! ¡Ay de mí! me estremezco; todas las llagas de mi corazón, que yo creía cicatrizadas, se renuevan con estas tristes reflexiones. Este corazón flaco destila sangre todavía: se mueve, se agita, y oigo que dentro de él refunfuñan la sangre, la naturaleza y el amor. ¡Religion santa! sed mi apoyo. ¿Qué la gracia de mi Dios, tan poderosa y tan dulce acabe su victoria! Y de vos padre mio, si os quedan algunas luces que comunicarme, las espero por vuestro celo; precioso es para mí cuanto viene de vos; toda verdad que concierne á la religion me es querida; dignaos pues afirmar mi fé y sostener mi valor.

CARTA QUINCAGESIMA SEGUNDA.

EL MARQUEZ DE VALMONT AL CONDE.

¡O hijo mio, te recobró al fin con los mismos afectos, con la misma fé que en tus primeros años recibiste, pero mas instrada, mas pura y mas sólidamente establecida! ¿Qué acciones de gracias debo á mi Dios, que se dignó instruirte por mi voz, y mejor dicho por todos los acontecimientos de que has sido triste testigo! ¿Qué lágrimas he derramado leyendo tu carta! ¿y cuanto han aliviado ellas mi corazón! No, una lluvia suave y fecunda que cae sobre la planta alterada, no le comunica mas frescura ni mas nuevo vigor, que fuerza y vida infunde á mi alma abatida y casi partida de dolor, la seguridad de tu completo cambio.

¿Y qué importan tus pérdidas, excepto Emilia, cuando vuelves á vivir para la virtud y para la religion? No obstante, querido Valmont, nada exceptuemos; y que el primer uso de tu fé sea someterte sin reserva á la voluntad siempre sabia de un Dios que te ha dado todo. Si quiere retirar-te sus dones, si quiere coronar los méritos de una esposa que te es querida, alivia tu pena con la idea de su felicidad. Si quiere borrar tus extravíos con las lágrimas que te haga verter, ayudarte á expiar tus faltas con los trabajos que te depare, y unirte mas estrechamente á él con los sacrificios que vá quizás á exigir de tí, ¡ah mi amigo! no te opongas á sus miras de misericordia y de clemencia; bendícele, bendice siempre su santo nombre. Acaso también no aguarda de nosotros, como en otro tiempo de Abraham, aquel padre de los creyentes, mas que la preparacion de nuestro corazón. En todo acontecimiento, no paremos de decirle como tu digna esposa: „¿qué se cumpla vuestra voluntad, ó Dios mio! ¿y que vuestro santo nombre sea bendito.”